LA IMPORTANCIA SOCIO-POLÍTICA DE LOS FRAILES MENORES EN LA CORONA DE ARAGÓN HASTA EL COMPROMISO DE CASPE

JILL R. WEBSTER

La historia social de la Corona de Aragón en la Edad Media se desarrolla de una manera semejante a los reinos contiguos, pero por la complejidad de los archivos, algunos todavía sin catalogar, ha sido muy difícil investigar ciertos aspectos ya conocidos de sobra en otros países de Europa. Además de los muchos documentos todavía inéditos o inasequibles, las guerras y otras crisis políticas y sociales, como la desamortización de los bienes eclesiásticos en el siglo XIX, han causado la pérdida de mucho material. Tal vez por esto no se ha realizado una historia completa de las actividades de los franciscanos. El Padre Pedro Sanahuja hizo unos descubrimientos importantes sobre los primeros frailes menores pero por la guerra de 1936 y por su propia enfermedad, no pudo hacer más que redactar su libro sobre la historia de la Orden con la información que entonces tenía a su disposición, bien consciente de las lagunas y posibles errores que contenía. Las obras de los Padres López y Pou y Martí son fundamentales en cualquier estudio del franciscanismo pero igualmente carecen de muchos detalles significativos para comprender el papel de los frailes menores en los dos primeros siglos de su llegada a Aragón. Por esto creemos imprescindible investigar minuciosa y sistemáticamente todos los documentos de la época que puedan aportar una nueva visión de la Orden franciscana en relación con la vida social y política de la Corona de Aragón.

Naturalmente una tarea de tales dimensiones no puede realizarse rápidamente y las conclusiones que presentamos aquí son tentativas e incompletas, por no haber hecho más que estudiar una mínima parte de la documentación en los archivos. De momento nos basamos principalmente en los testamentos y registros de cancillería de los reyes de Aragón del siglo XIII. Es evidente que la actividad del primer siglo ha de ser el punto de partida para todo futuro desarrollo de la Orden, y aunque no hemos llegado todavía a examinar muchos documentos del siglo XIV, lo poco que hemos podido averiguar confirma la continuidad de la obra franciscana empezada en el siglo anterior. No solamente confirma su continuidad, sino que demuestra la crecida importancia socio-política de los frailes menores en las tierras de Aragón. Aquí intentaremos ofrecer los varios aspectos de la vida activa de los frailes que consideramos fundamentales para comprender su función en la sociedad de la baja Edad Media.

Hay facetas del franciscanismo que han recibido más atención que otras, entre ellas su afán misionero, su énfasis sobre la pobreza evangélica, hasta llegar algunos a ser condenados como herejes a principios del siglo XIV, su obra caritativa en las ciudades, y la conversión de los judíos. No obstante, los frailes menores se relacionaron con toda la jerarquía social: sirvieron de embajadores del rey ante el Papa y tuvieron otras dignidades, como oficiales del rey en las curias locales, confesores de la familia real y de los burgueses. Tal vez sean sus relaciones con los ciudadanos de cierta categoría las que ofrecen más interés y la investigación de ellas tiene más probabilidad de aportar una nueva dimensión al estudio de la Orden. Como los frailes, la burguesía se había introducido muy recientemente en la sociedad y por el desarrollo del comercio y el aumento de centros urbanos, ya había conseguido tener mucha influencia en los asuntos del país. ¿Qué más natural que una alianza entre los frailes y la burguesía, dos grupos que habían hecho un impacto sin precedentes en la estructura de la sociedad? En efecto, los frailes y la burguesía establecieron lazos de amistad y debido al apoyo de los negociantes, la Orden de los frailes menores pudo extender sus actividades.

Al estudiar algunos testamentos de la época pertenecientes a los archivos de la Catedral de Barcelona y del Obispado de Vich, hemos podido ver la importancia del apoyo dado por los burgueses a los frailes menores. A continuación hablaremos de estos hallazgos que sirven para ensanchar nuestros conocimientos de los frailes menores y de las familias adineradas del siglo XIII. El hecho de que recibieran los discípulos de San Francisco tantas donaciones tiende a sugerir la tremenda importancia que tenían en la vida de entonces. Para evitar malentendidos quisiéramos añadir que compartieron su popularidad con los frailes predicadores y otras órdenes análogas que habían aparecido a partir de las últimas décadas del siglo XIII. Tampoco se ha estudiado sistemáticamente a estas órdenes, y, sin duda, una vez completada la investiagación de ellas, el historiador tendrá que evaluar de nuevo sus conclusiones acerca de la vida religiosa y social de la Corona de Aragón a finales de la Edad Media.

Es digna de mención la frecuencia con que los testamentarios legan su dinero a una o más Ordenes, y a través de un análisis de estas donaciones se puede llegar a tener una idea de la relativa importancia de los varios elementos religiosos. Por ejemplo, a principios del siglo XIII se nota una tendencia por parte de la gente a dejar su dinero y sus bienes a la parroquia, mientras que cincuenta años más tarde son las órdenes religiosas que reciben este dinero. Es fácil comprender la antipatía del clero hacia los frailes —una antipatía que procedía de una pérdida económica y hasta cierto punto, de importancia social. Fue tan grave el asunto que apelaron a la Santa Sede para ponerle remedio. No obstante, el Papa solía apoyar a los mendicantes y en 1281 Martín IV publicó la bula *Ad fructus uberes* en que confirmaba el derecho de los mendicantes a predicar y servir de confesores. Los abusos del clero y la necesidad de la reforma eclesiástica contribuyeron a que los frailes, con la ayuda de la burguesía y de la familia real, se estableciesen más rápidamente en la comunidad.

En nuestro artículo[1] sobre la Barcelona franciscana demostramos la importancia de ciertas familias barcelonesas y de la Orden en Barcelona en el siglo XIII. Es interesante notar que algunas de estas familias ocuparon cargos oficiales en el gobierno de la ciudad, como los Burgués, los Marquet y los Rovira. Varios miembros de estas familias llegaron a ser consejeros a partir de mediados del siglo XIII. Los documentos comerciales publicados recientemente por André Sayous sirven para ilustrar la importancia de esta gente.[2] Algunos de los contratos que incluye él en su apéndice son hechos por comerciantes cuyos nombres aparecen con frecuencia en los testamentos de la época como partidarios de los frailes menores. Sería superfluo citar aquí todos los signatarios pero topamos continuamente con miembros de las familias ya mencionadas, más los Banyeres, los Coll y otras, y nos hace pensar que un estudio de cada una de ellas sería muy valiosa para la historia social de la época.

Por la poca atención que se ha dado hasta ahora a la relación entre los burgueses y los frailes menores, creemos útil hablar más detalladamente en nuestro estudio de los testamentos de Vich. Como centro muy importante en la Edad Media y por haberse conservado muchos documentos de la época, Vich ofrece unas posibilidades de investigación superiores a las de otros archivos. Tienen los tres primeros manuales notariales existentes en Cataluña, en los cuales copiaban los notarios los testamentos de la gente adinerada. Datan de 1241 y de momento hemos podido examinar los dos primeros que incluyen testamentos hasta 1275. Más adelante esperamos completar el tercero y último que continúa hasta finales del siglo XIII. No obstante, es muy evidente que la tradición sigue sin cambios radicales después de 1275, porque ya se habían establecido firmemente en el corazón de la gente las nuevas Ordenes religiosas. A continuación citaremos ciertos ejemplos que hemos sacado de los testamentos para demostrar la influencia de la burguesía en el desarrollo de los frailes menores. No hay que olvidar que esta influencia tenía otras facetas, o sea, la obra de los frailes menores debía realizarse gracias a la generosidad de esta gente, y seguramente les debía interesar la Orden de los frailes menores por su aporte social. Así, juntos los burgueses con los frailes hicieron una honda impresión en la masa de la sociedad.

El famoso fundador del hospital de Vich, Arnaldo Cloquer, no olvidó a los frailes en su testamento de 1240 y les dejó diez sólidos para sus obras, y otros miembros de la misma familia también les recordaron en sus testamentos. Al señalar las tradiciones familiares, el investigador topa con una serie de dificultades, principalmente los escasos datos que no permiten verificar a veces el parentesco de personas con el mismo apellido, y los pocos estudios que se han hecho sobre el tema. Las referencias a la familia Coll son numerosas pero es posible que algunas se refieran a ramas diferentes a pesar de ser todas residentes de Vich. De vez en cuando se encuentran dos testamentos hechos por la misma persona y aquí hay que pensar en la costumbre de la época de hacer su última voluntad al ver acercarse la muerte. Parece que al momento de recuperarse no se acordaban más del asunto, y al caerse gravemente enfermos de nuevo volvían a hacer el testamento. Uno de los pocos estudios sobre familias medievales en Vich trata de los Espanyol y entre los testamentos que hemos investigado aparece un tal Tomás Espanyol y su esposa (año 1250). Otro de interés es Pedro Metge que hizo su testamento en 1245 y su mujer el suyo en 1249. No sabemos si es antecedente de Bernat Metge, el famoso escritor del siglo XIV, pero no podemos descartar la posibilidad. Los Noguer también tienen un interés especial porque ejemplifican otro aspecto de la tradición familiar de apoyar a los franciscanos. Pedro de Noguer dejó dinero a los frailes menores en 1239, y en 1260 un Fray Pedro de Noguer recibió un legado en el testamento de Guillen de Viridiana. Pensamos también con la familia Bonastre de Barcelona, que proporcionó un famoso guardián, Arnaldo de Bonastre. Con estos pocos ejemplos queda señalado el apoyo que la Orden de frailes menores recibió de la gente adinerada de Vich.

Más complicada aun es la cuestión de la participación de los frailes en la política del país, al nivel local y nacional. Sabemos que los reyes de Aragón les enviaron como emisarios al Papa o a otras dignidades eclesiásticas. En 1280 Fray Berenguer de Palmerola, residente, y en 1279 guardián del convento de Barcelona, representó a Pedro III ante la Curia Romana. A veces asistieron los frailes a las bodas de los monarcas y en 1246 constan como testigos del matrimonio de Alfonso X de Castilla con Violante, hija de Jaime I de Aragón. Frecuentemente servían como confesores de la familia real y hasta consejeros para sus empresas políticas. Aquí nos referimos a la expedición de Martín el Joven a Sicilia a finales del siglo XIV cuando Francisco Eiximenis le envió una carta con sus consejos para el éxito de la empresa. El lazo de amistad entre la Orden de los frailes menores y la familia real llegó a establecer la tradición de buscar la sepultura en los conventos. El rey Alfonso III de Aragón fue enterrado en el convento de Barcelona y, según Bernat Boades en el *Libre dels Feyts*, fue vestido de fraile menor y acogido con gran honor por aquella religión que tanto sobresalía en virtud. La reina Doña Constanza eligió su sepultura en el convento de frailes menores de la misma ciudad y su testamento dio origen a una tempestad sobre los derechos de los frailes y del clero. El párroco de la iglesia de San Miguel, Berenguer de la Torre, seguramente porque se vio privado económicamente por el hecho de que una señora de alta categoría residente en su parroquia había legado su cuerpo al convento de los frailes menores, protestó enérgicamente, sin gran resultado. La Crónica de Pedro IV nos da a conocer que los infantes Federico, Elisabet y Sancho con su madre, Doña Teresa, que murió de sobreparto, también se enterraron en los conventos de los frailes menores—el primero en Barcelona y los demás en Zaragoza, todos durante los años 1320. Alfonso IV solicitó su sepultura en el convento de Lérida, pero como murió en 1291 en Barcelona le dieron sepultura allí por ser más conveniente, pero después trasladaron sus restos al convento de frailes menores de Lérida. Estos ejemplos y el hecho de que un infante real, Pedro, dejó su vida de lujo para ingresar en la Orden son suficientes para indicar la gran devoción

de la casa real de Aragón a la religión de San Francisco. Naturalmente éstos no son los únicos contactos entre la familia real y los frailes pero no tenemos el espacio aquí para alargarnos más. Quisiéramos sugerir que en parte la devoción de la familia real para la Orden franciscana obedeciera a las necesidades políticas de la época.

Recordamos que los frailes menores habían sido establecidos como Orden en 1209 y juntos con los frailes predicadores llegaron a combatir las herejías, principalmente por su fe evangélica: en seguida en tierras de Aragón esto se extendió a incluir la conversión de los sarracenos y de los judíos. La época de tolerancia religiosa llegaba a su fin y a finales del siglo XIV estalló en unas matanzas inesperadas. La inseguridad social, intensificada por la peste negra y las dificultades económicas, había despertado la ira del pueblo contra los judíos. No era nueva esta ola de antipatía contra una raza que sabía comerciar y enriquecerse, como veremos seguidamente. Fue la costumbre de los cristianos predicar en las sinagogas y hasta en las mezquitas para convertir a los judíos y musulmanes. Generalmente los predicadores eran frailes franciscanos o dominicanos, o gente lega perteneciente a la tercera Orden de San Francisco. El famoso escritor Ramón Llull fue autorizado a predicar contra los judíos y los sarracenos, y durante su estancia en Valencia en 1299 Francisco Eiximenis tenía el cargo de examinar allí los libros de los *calls* o barrios judíos. En las Cortes de Barcelona de 1311 Jaime II de Aragón afirmó la importancia de esta obra misionera y la necesidad de convertir a las minorías religiosas al cristianismo. A veces los sermones que dieron los frailes ocasionaron escenas incontrolables por parte del pueblo, hasta tener que apelar al rey los frailes para poder apaciguarlos. Es evidente que los franciscanos mismos no querían convertir forzosamente al cristianismo, y cuando veían la actitud violenta del pueblo a veces protegían a los judíos. De todos modos su afán de convertir contribuyó a la política de los reyes, y de ser el brazo derecho del Papa pasaron a ser los predilectos de los monarcas de Aragón.

Las actividades de los frailes al nivel municipal quedan más oscuras aunque debían ser considerables. De vez en cuando el rey con su Corte se hospedaba en un convento franciscano y es de suponer que en esta ocasión participaron los residentes en los asuntos del reino. Tenemos noticia de un caso; así Pedro Esteve, ministro provincial de Aragón, sirvió como *baile* del rey en la Curia de Lérida. Esta curia fue una especie de tribunal y la tarea del *baile* consistió en juzgar casos de homicidio, disputas y otras cuestiones que surgían en la comunidad. Algunas de ellas fueron trasmitidas al rey para su decisión y en los registros de Cancillería nos queda evidencia de esta costumbre. Sabemos que Francisco Eiximenis en el siglo XIV obró activamente en Valencia, muchas veces junto con los jurados de la ciudad, y que sus consejos fueron muy apreciados por el rey y las autoridades. Volveremos a hablar de él más adelante. Es posible que los frailes obraran también en otras ramas de la administración municipal, sobre todo cuando se trataba de los asilos, pero no podemos precisar nada en este momento por carecer de prueba documental.

La literatura catalana se ve muy influenciada por el franciscanismo—señal de la importancia social de los frailes. Ramón Llull, el primer gran escritor catalán, y distinguido misionero, aunque no perteneció a la Orden de los frailes menores (se cree que era de la tercera Orden de San Francisco), les ayudó a establecer el Colegio de Miramar en Mallorca. Este colegio, dirigido por el mismo Llull desde 1276 a 1279, fue dedicado a la preparación de los misioneros franciscanos destinados a convertir los sarracenos en Africa. La tradición antigua cree que Llull fue martirizado en Túnez, pero no hay noticias definitivas sobre el asunto. Otro escritor destacado del siglo XIV fue el ya mencionado Eiximenis, quien escribió entre otras cosas una enciclopedia cristiana de la cual quedan los primeros tres libros y el libro doce sobre el regimiento de príncipes. Su obra señala la relación personal del fraile con varios oficiales y es una fuente importantísima para toda la historia social de la época. En muchos casos consta como fuente única para conocer aspectos de la vida y de la administración, pero más aun revive el ambiente del siglo XIV. No queremos alargarnos más aquí, pero consideramos que el valor de la obra de Eiximenis es una incalculable prueba de la presencia omnipresente de los frailes menores en todos los asuntos sociales y políticos de la Corona de Aragón. Importante también, aunque menos, es Anselm Turmeda, el curioso fraile menor que se hizo musulmán. Nativo de Mallorca y residente del convento allí, fue a establecerse en Túnez donde siguió manteniendo el contacto con el reino de Aragón a través de los comerciantes que negociaban en el norte de Africa. Más extraño todavía es la tradición que le hace mártir musulmán y mártir cristiano a la vez. Es probable que nunca sepamos la verdad, pero su obra demuestra la influencia de sus primeros años como fraile menor en Mallorca. En la *Disputa de l'Ase* menciona por nombre varios frailes, compañeros suyos de antes de su conversión al mahometanismo, a quienes critica ásperamente.

Aparte del aporte directo de los franciscanos a la literatura, hay referencias en otras obras que confirman la omnipresencia de los frailes menores y la tradición asociada con ellos. En *Curial e Guelfa* y *Tirant lo Blanch*, ambos escritos en el siglo XV pero que nos recuerdan el ambiente de épocas anteriores, leemos que los dos caballeros vencidos—lo Sanglier de Vilahir y Tomás de Muntalbá, se hicieron frailes menores, quizá por la humildad relacionada con esta profesión religiosa. Bernat Metge y Jaume Roig también hablan de los frailes menores que poco antes y después del Compromiso de Caspe debían ser importantísimos en la Corona de Aragón. Muchos de sus comentarios son especialmente interesantes porque no son los lugares comunes que encontramos en otras obras literarias, sino que se refieren a personas específicas que se puede identificar y relacionar con un convento determinado. Las crónicas catalanas nos proporcionan una serie de anécdotas muy pintorescas, seguramente verídicas y basadas en experiencias auténticas, pero con el toque legendario que tanto les gustaba a sus redactores. Ya nos hemos referido a la muerte de Alfonso III y a la descripción que dan Boades y Muntaner de su sepultura, como la de otros miembros de

la familia real que fueron sepultados con el hábito de fraile menor. Al hacer una historia completa de la Orden y su función socio-política en la Corona de Aragón es esencial tener en cuenta las fuentes literarias junto con los documentos de tipo legal.

En resumen, los dos primeros siglos de vida franciscana vieron un desarrollo fenomenal de la Orden. Muy pronto después de su creación llegó a extenderse por todas partes —en Europa, en Africa y en Asia. Tal desarrollo suponía un apoyo poderoso por parte de la gente y un cambio radical en el ambiente eclesiástico. Hemos visto la extraordinaria generosidad de los burgueses—naturalmente por sus propios intereses, y las relaciones muy personales que tenían los frailes con la familia real. Es indudable que estos dos sectores de la sociedad aseguraron el futuro de la Orden de frailes menores en Aragón, pero es igualmente evidente que los frailes mismos se comportaron como súbditos leales de los monarcas y trabajadores asiduos en la comunidad. Sus varios talentos les hacían buenos emisarios del rey, oficiales en las tribunas locales, hasta consejeros en empresas peligrosas, pero con todo se hacían querer por su sencillez y su gran amor al prójimo que contrastaba tan fuertemente con la actitud del clero. Además de hacer tan valiosa contribución al bienestar del pueblo, se dedicaron plenamente al cultivo de las letras, y la cultura catalana es más rica por las obras que proceden de círculos franciscanos.

Al hacer una evaluación de la obra de la Orden hasta el Compromiso de Caspe nos encontramos con la diversidad de las actividades de los frailes menores. Aparte de su tarea puramente religiosa, participaron en casi todos los aspectos de la vida diaria de la época. Así estos dos siglos son únicos por la gran contribución franciscana a la literatura catalana y a la política de la Corona de Aragón. Nadie mejor que ellos puede demostrar tan claramente la política medieval de la república cristiana. Su aporte a todos niveles de la sociedad, su interés por lo espiritual y temporal, y la universalidad de su filosofía hizo una impresión imborrable en la historia de la Edad Media. Desgraciadamente hay elementos de esta historia que desconocemos, algunos de ellos podrían salir a luz con la minuciosa investigación que estamos haciendo, pero otros quedarán perdidos para siempre. No obstante, es suficiente pensar en las grandes figuras como Llull y Eiximenis para comprender el hondo importe del franciscanismo y el gran servicio que rindió la Orden de los frailes menores a los reyes, a sus súbditos y a la cultura de la Corona de Aragón.

Erindale College, University of Toronto

[1] "La Barcelona franciscana," *Homenatge a Ferran Soldevila* (Barcelona: I.E.C., en prensa).

[2] *Els mètodes comercials a la Barcelona medieval* (Barcelona: Ed. Base, 1975).